



MONTERREY, N.L. DOMINGO 12 DE NOVIEMBRE DE 2017

Olga de León / Carlos Alejandro

Sin justicia y sin derechos la vida es un hurto

JUSTICIA PARA UN ABOGADO
OLGA DE LEÓN

Siendo aún niña, a los once años, pregunté a mi padre -abogado- por qué esa estatuilla sobre su escritorio con figura de mujer tenía una banda sobre sus ojos que dejaba descubierto uno de ellos. Según recuerdo, me explicó que simbolizaba irónicamente que la justicia no siempre era como debía ser. Y, ¿cómo debe ser, papá? Ciega, hija. Eso significa que no debe ver a quién juzga, siempre debe ser igual para todos, imparcial.

Mi padre entre los últimos años de su vida profesional en Tamaulipas, antes de regresar con el resto de la familia a Nuevo León, a Guadalupe y Monterrey, se desempeñó como juez: Juez de Primera Instancia. Sin embargo, tengo la impresión de que siempre se le tuvo por un hombre recto e imparcial, en casi todas las situaciones de la vida. Mucha gente -conocida y no- acudía en su busca para pedirle consejo o un poco de su sabiduría para resolver los problemas que aquejaban a quienes lo buscaban: por algo sería.

Años más tarde, siendo muy joven, habría de encontrar enmarcada en plástico duro una tarjeta de cartón como de media hoja de máquina, en cuanto al tamaño, la cual durante años vi en casa de mis padres pegada al cristal de una de las puertecitas de un librero, con este texto:

... "El mejor Juez no es ni el que condena ni el que absuelve mayor número de reos, sino el que absuelve al inocente y condena al culpable y lo condena, según el grado comprobado de su culpa; el que para absolver o condenar, observa escrupulosamente las fórmulas judiciales; el que medita y profundiza el mérito de las pruebas, el que solamente se atiende a ellas para juzgar; el que para hacerlo no se mueve, en pro o en contra del reo ni por odio o afectación, ni por interés o capricho, ni por temor al poder de las autoridades, o de la gritería popular, o de la fuerza de las circunstancias, ni por otro estímulo que desempeñar sus deberes y cubrir su conciencia, la cual debe nivelarse, única y precisamente, por las reglas establecidas legalmente para averiguar la verdad judicial de los procesos. ..."

Tras toda una vida y mucho después de fallecido mi padre, reencuentro el texto, un tanto amarillento por los años transcurridos. Sin pensarlo dos veces, lo tomo y lo echo a la bolsa para traerlo a la oficina donde dispongo de algunos libreritos y el equipo para mi trabajo profesional como docente y correctora, mismo en donde suelo escribir algunas veces, como ahora, en horario fuera de mi compromiso laboral.

Cierro mis ojos y los froto -como hacen en las películas, animadas o no- y cuando vuelvo a abrirlos: veo una ardilla. Allí sigue; allí está, frente a mí y frente al librero señalando hacia arriba, justo donde tengo recargado en un huequito el



texto sobre "El mejor juez..." No sé si bajó de la punta del cerro más próximo, o si salió de mi bolso, o si llegó desde los jardines de Harvard University o, ¿vendrá desde el bosque donde solía habitar Robin Hood?, o de la moderna comunidad de Sherwood Park en Canadá; de Jaspers o Banf. No lo sé.

No estoy soñando. No fumo cigarrillos, menos cualquier otra cosa más fuerte. No tomo; bueno, solo un poco de café negro y un sorbo del veneno de refresco negro -de cuyo nombre no haré promoción- ni fantaseo para escribir ficciones, es de lo más tonto y cursi; jamás se me ocurriría hacer tal. ... aquí estoy, a punto de crear una historia, con la arduidad que siguiendo mis pasos se metió hasta el cubículo.

Así que... ¡Oh!, no me di cuenta, atrás de ella viene otra. Y, ¡Dios mío!, acaba de entrar un venadito cola blanca, como copo de nieve o cola de algodón que solía merodear por mis cuentos de niña con los que me divertía inventando historias para mis hermanos menores y niñas de la colonia Los Naranjos.

La primera ardilla toma mis lentes, trepa en mi regazo y comienza a transcribir: "El mejor Juez... ¡Como si yo no existiera! El venadito gira lentamente y de pronto se mete en una de las colecciones del Quijote que tengo en el librero a un lado de la puerta: desaparece. La otra ardilla corre bajo los escritorios y se escapa por una esquinita donde ni un pequeño escarabajo cabría, a lo mejor un gusanito o zancudo, sí. Yo, yo no sé ya qué pensar ni qué hacer. Mis manos no se mueven, hasta que logro elevar los brazos e imploro al cielo: Señor, dime qué es lo justo, cuáles son mis derechos y cuáles los de ellos. De pronto, ya no hay nadie más que yo en este lugar, y entiendo perfectamente el texto "El mejor juez..."

Soy afortunada, tuve un padre maravilloso: Feliz cumpleaños, papá.

JUSTICIA PARA UN ECONOMISTA
CARLOS ALEJANDRO

Peter descendió al sótano de la casa, a la biblioteca, en casa de sus padres. Encendió la computadora y se dirigió, dentro del navegador, directo al sitio de Yahoo! para revisar su correo electrónico. Había pasado al menos una semana de la última vez que hubiera revisado su propia cuenta. Encontró entre los distintos mensajes, uno de MissInYou:

"Deseo que te esté yendo lo mejor posible, que te estés recuperando excelentemente, al grado de que quieras aceptar mi invitación a presentar tu artículo sobre economía y arte a mi grupo de estudiantes. Te propongo, en principio, alguna de estas dos fechas (tú me dirás): 24 (jueves), o 29 (martes), a las 11:00 de la mañana. Lamentablemente, la invitación solo puede ser honoraria, pero igual producimos un pequeño cartel de anuncio y te entregamos una constancia.

También dime si te interesaría realizar, sobre el mismo tema, una entrevista en un estudio de televisión. La programamos para dejar un registro materializado. Podíamos emplear parte de tu música en algunos trenes con imágenes, incluso. Dime qué procede. Un abrazo. -"

Peter consideró aquello una especie de milagro. Una señal de que sus incursiones en el mundo del arte comenzaban a dar fruto. Pensó en Tatariewicz, a quien nunca había leído, y luego en un posible título para su plática: "Estética y valor económico".

Había publicado un artículo en una revista de crítica musical, resumiendo las opiniones del profesor Craufurd Goodwin, de la Universidad de Duke, sobre lo que a Peter le parecía el patético punto de vista de los economistas cuando abordaban temas relacionados con el arte (con algunas honrosas excepciones: como la del gran Keynes, Jevons, Galbraith, entre otros). Su propio texto lo compartió con en un café de la colonia Condesa, en la Ciudad de México. Se encontraron horas previas a la reunión

anual navideña del grupo del taller literario al que pertenecían, y a le pareció interesante el tema, incluso para abordarlo en su clase de estética en la Universidad Pedagógica Nacional.

Peter sintió un poco de remordimiento en su propia acción, en la de compartir el texto. El editor había publicado una fotografía de Jermy Beentham, el economista de mayor animadversión que haya existido hacia el arte, en un retrato sin cabeza. El padre del utilitarismo económico, aparecía brutal y burlescamente, vuelto un muñeco, una estatua momificada por convicción propia. Él había expresado su deseo de ser momificado luego de su muerte, y de que su cuerpo fuera mantenido tras una vitrina en una sala de juntas del University College de Londres, en cuyas reuniones quería seguir participando incluso después de su muerte.

Su cabeza no fue correctamente momificada. Terminó por caerse y en ser el premio de todo alumno del University College de Londres que lograra entrar, sin escrúpulos, para luego simular jugar con ella como si fuera un balón de fútbol en el pasto de la universidad.

Sin embargo, la acción de Beentham también se trataba de una obra conceptual extraordinaria. Se había convertido en lo que más había detestado en vida: un artista. Incluso era, él mismo, una obra de arte que, hasta el mismo Andy Warhol, ¡quizás hasta el mismo Andy Warhol!, quien amó tanto la cultura pop que también ama todo economista (el arte de las masas), ahora envidiaría. Un "self ready-made".

Peter regresó a la planta alta, en casa de sus padres. Pensó en cómo reivindicar a Jermy Beentham luego de aquella afrenta. Después de todo, Peter era un economista, gracias a un campo del conocimiento al que había contribuido uno de los más grandes pensadores en la historia de la humanidad: Jermy Beentham. El asunto le tomó un par de años, de supuesta reflexión...

Roberto
Vallarino

Nacido en la Ciudad de México, el 21 de febrero de 1955, el escritor se sumergió en el periodismo cultural, el ensayo literario, la novela, la narrativa, la poesía e incluso la literatura infantil, con un buen número de obras.

Vallarino fue agregado cultural de México en Yugoslavia, investigador en la Universidad de Utah, y profesor invitado en el Gettysburg College.

Asimismo, fue fundador y coordinador de la sección cultural de "Unomásuno", y fundador y codirector de la revista "Cuadernos de Literatura".

También colaboró en "Diorama de la Cultura", "El Zaguán", "Excelsior", "La Semana de Bellas Artes", "Plural", "Revista Universidad de México", "Vuelta" y "Sábado".

Fue asesor del Programa Cultural de las Fronteras; coordinador de la colección Letras Nuevas de la SEP; becario del Centro Mexicano de Escritores, en poesía, 1976, y en ensayo, 1978; y de la Fulbright Grant, 1988, según datos del portal electrónico de literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA).

El ganador del Premio Diana Moreno Toscano 1975, fue artista en Residencia en España, atendiendo una invitación de Fundación Valparaíso en 1998.

Entre su obra destaca en cuento "El rostro y otros cuentos" (1986), y en novela "Las aventuras de Euforión" (1988). "Fin de verano en Donosti" (2000).

En ensayo "Textos paralelos" (UNAM, 1980), "Conversaciones con Octavio Paz" (UNAM, Material de Lectura, núm. 8, 1987). "Taller, Taller poético y Tierra Nueva por sus protagonistas" (UNAM, 1989), "La ventana del obispo" (UAM, 2000), entre otros.

Mientras que en poesía publicó "Cantar de la memoria" (AEM, 1977; Conaculta/Plaza y Valdés, 1989), "Elogio de la lluvia" (UNAM, Cuadernos de Poesía, 1979), "Invención del otoño" (UNAM, Poemas y Ensayos, 1979), "Exilio interior" (FCE, 1983). "La conciencia de la duda" (UNAM, El Ala del Tigre, 1993). "Tedium vitae y otros poemas de sombra y luz" (UAM, Margen de Poesía, núm. 62, 1997), por mencionar algunas.

Víctima de la diabetes, Roberto Vallarino falleció el 12 de noviembre de 2002 en la Ciudad de México, a los 47 años.

ad pēdem literae

"El sabio no dice todo lo que piensa, pero siempre piensa todo lo que dice."

Aristóteles

Letras de
buen humor

"Lo malo del amor es que muchos lo confunden con la gastritis y, cuando se han curado de la indisposición, se encuentran con que se han casado."

Groucho Marx

Joana Bonet

No es una moda

Toca recordar el caso Nevenka. Sucedió hace dieciséis años, en una España donde la igualdad entre hombres y mujeres aún se tomaba a cachondeo y, en el mejor de los casos, con una letal condescendencia. La concejal Nevenka se enfrentó a Fuenteovejuna porque, tras mantener una breve relación con el alcalde de Ponferrada, Ismael Álvarez, ella quiso cortarla, aunque este se negara de muchas formas, todas ellas deleznable. He repasado el caso en la hemeroteca. El fiscal la trató con humillaciones del tipo: "¿Quién se cree que es usted, una cajera de Hipercor que se deja tocar el culo para mantener a sus hijos?". Fue apartado del proceso, pero hubo más afrentas: las palabras elogiosas de Ana Botella hacia el "impecable" regidor, la opinión popular a favor de ese padre padrone que se dedicaba a negocios nocturnos además de empuñar la vara de alcalde. Nevenka Fernández ganó el juicio contra todo pronóstico. La suya fue la primera tipificación de un acoso sexual en la escena política española. No le serviría de mucho: tuvo que irse no

sólo del pueblo, sino de España, para poder vivir en paz, sin mofas, ni vacíos. Lejos de un clima de opinión que intercambiaba papeles convirtiéndola a ella en la perversa.

Quien fue fugaz directora de The New York Times, Jill Abramson, cubrió en 1991 el caso de la abogada Anita Hill contra el entonces candidato a la Corte Suprema de EE.UU. Clarence Thomas. Por primera vez en la historia se creaba jurisprudencia en torno a la figura del acoso sexual, nunca antes reconocido. Abramson le confesó a su colega Maureen Dowd que lo más escandaloso había sido constatar cómo hombres poderosos empleaban recursos públicos para socavar la credibilidad de una mujer que nunca tuvo el menor deseo de convertirse en el centro de la atención política.

Entonces, la conciencia social era más afín a la virilidad opaca del acosador que a la credibilidad de la acosada. Las que dieron el paso se morían de vergüenza primero, después de soledad. Al papel de víctima había que sumarle la estigmatización. La denuncia, muy lejos de



sumar, restaba. Han tenido que pasar 26 años para que -gracias a las Anita Hill y a las Nevenka, además de aquellas y aquellos que han creado un marco de tolerancia cero a los depredadores- las mujeres hayan podido confesar en multitud. No es una, sino miles de voces, que se apoyan las unas en las otras para certi-

ficar que la aleación poder-sexo no consentido es devastadora. Hasta los partidos británicos se han unido para combatir la avalancha de denuncias de abusos en el Parlamento. No querían que las mujeres hablaran, y ahí lo tienen. Por supuesto algunos varones, tan irritados como cínicos, dirán que es una moda.